

PARA PROFUNDIZAR MÁS EN JUAN 20, 19-31

- 1. Paz y misión:** Juan nos relata algunas de las señales que realizó Jesús. Escribe *"para que crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengan vida en su nombre"* (20,31). Creer es tener vida. Para Juan todo comienza con la experiencia y el encuentro con Jesús (1,35-39). El evangelista se presenta como un testigo de los hechos y los dichos de Aquel que venció la muerte y resucitó. Ese testimonio es lo propio de los discípulos(as), de aquellas personas que lo siguieron atentas y desconcertadas por los caminos de Galilea. Cuando Jesús murió temieron que todo hubiese terminado. Pero el Señor resucitado se apareció a ellos. Su presencia les inspiró paz (19-21 y 26), al mismo tiempo que significó para sus discípulos una nueva exigencia: *"como el Padre me envió, también yo los envío"* (vs.21). Ellos son los continuadores de su obra. Nosotros hemos recibido ese testimonio y con él la paz y la misión. Juan que insiste tanto en la experiencia como fundamento de la fe, quiere así recordarnos cuál es hoy la vivencia que podemos tener de Jesús: el testimonio del hermano(a). Tanto el que se transmite de generación en generación, como el actual, así nos llega el Evangelio del Señor.
- 2. Jesús y Tomás.** Hay dificultades en reconocer al Resucitado: creen ver un fantasma. Por eso, las exigencias de ver y palpar los agujeros de las manos y del costado por parte de Tomás son de gran interés para subrayar que el crucificado y el Resucitado son la misma persona, aunque su forma de vida sea diversa. La resurrección de Jesús no es la vuelta de un cadáver a la vida, sino la plena participación de la vida divina por un ser humano. Tomás no cree a través de los otros testigos oculares. Quiere hacer su experiencia. El evangelio es consciente de la dificultad de cualquier persona para creer en la Resurrección, especialmente aquéllos(as) que no han visto al Señor. Él está dispuesto a creer, pero quiere resolver personalmente toda duda, por temor a errar. Jesús ve en Tomás a un hombre en busca de la verdad y lo satisface plenamente. Es, por tanto, la ocasión para decir a futuros creyentes *"¡Felices los que no han visto, pero creen!"*. Tomás es presentado como representante de los que no quieren creer sin ver. Vencida su increencia, el evangelista nos lo presenta como modelo de fe. Son sus palabras las que recogen la auténtica confesión de la fe cristiana: *"Señor mío y Dios mío"*. En sus palabras el evangelio de Juan alcanza su nivel más elevada: el reconocimiento de Jesús como Señor y Dios. Con esta claridad sólo se había hablado en el prólogo: *«la Palabra era Dios»* (1,1).
- 3. ¿Dónde encontraremos la fuerza para recrear y reformar la Iglesia y la historia?** Los discípulos se transforman sólo cuando ven a Jesús resucitado en medio de ellos. Entonces recuperan la paz, desaparecen sus miedos, se llenan de una alegría desconocida, notan el Espíritu de Jesús sobre ellos y abren las puertas porque se sienten enviados a vivir la misma misión que él había recibido del Padre. También hoy la Iglesia necesita poner a Cristo Resucitado en el centro de su vida con toda la fuerza. La crisis actual de la Iglesia, sus miedos y su falta de fuerza espiritual tienen su origen a un nivel profundo. Con frecuencia, la idea de la resurrección de Jesús y de su presencia en medio de nosotros es más una doctrina pensada y predicada, que una experiencia vivida. Cristo resucitado está en el centro de la Iglesia, pero su presencia viva necesita estar más viva en nosotros y en la vida de nuestras comunidades para así alimentar y guiar nuestros proyectos. Tras veinte siglos de cristianismo, aún Jesús no es conocido ni comprendido en toda su originalidad. No es amado ni seguido como lo fue por sus discípulos(as). Sólo la presencia viva de Cristo resucitado nos puede aportar hoy la fuerza, la alegría y la creatividad que necesitamos para enfrentarnos a la crisis que vivimos como Iglesia. Nada ni nadie más puede hacerlo. Sin la fuerza del resucitado, de su Espíritu, no saldremos de

nuestra pasividad, continuaremos con las puertas cerradas al mundo moderno, sin alegría ni convicción. Necesitamos de Jesús más que nunca. Necesitamos vivir de su presencia, recordar en toda ocasión sus criterios y su Espíritu, repensar su vida, dejarle ser el inspirador de nuestra acción. Él está en medio de nosotros comunicándonos su paz, su alegría y su Espíritu.